ñas casi negras, sus labios rojos, su talle flexible, constituian una sola mujer.

Todo aquello era prodigioso, inaudito, pero evidente.

Dominico se apercibió de la turbacion de Marcelo, pero no podia adivinar la verdadera causa.

—¿Veis que tenia razon?—dijo al cabo de un rato.—¿Estais asombrado de su belleza? pues á todo el mundo le sucede lo propio.

—La marquesa de la Tour du Roy es muy hermosa—balbuceó el teniente.

Quedó absorto en una contemplacion que Dominico encontró demasiado prolongada.

Cuando el jóven salió del salon con la cabeza hecha un volcan, le preocupaba un problema que iba á turbar su existencia, y que se formuló de esta manera:

—¿Por qué esta mujer... esta gran señora... viuda á los veinte años.... y á los tres dias de su viudez, que no me conocia, se ha disfrazado para entregárseme?.... ¿Será una Mesalina? ¿Será una loca? Esto es incomprensible... violento.... nada explica.... nada justifica.... ¿qué misterio oculta esta mujer? Qué es preferible huir de ella ó seguirla?

Y se respondió:

—Es preciso que la vuelva á ver.... ¡porque la adoro!.....

PRIMERA PARTE.

MATRIMONIO DE LAZARINE.

Cerca de dos años antes de que tuviera lugar la singular aventura que acabamos de referir, el banquero Julio Leroux ocupaba un puesto de alguna importancia entre las gentes de la alta banca parisiense.

Hacia negocios en gran escala; y aunque algo aventurados y con escasa solidez, su buen éxito los coronaba, lo cual le daba gran reputacion de hábil y gran fama de afortunado.

Habia hecho construir un hotel expresamente para él entre un patio y un jardin que, sin disputa, era uno de los mas bonitos del boulevard Haussmann. Su despacho y las oficinas estaban situados en un pequeño edificio contíguo al hotel, con el cual se comunicaba directamente por una galería de cristales que daba á la habitacion principal.

Dando crédito á los rumores que circulaban por la Bolsa, la fortuna de Julio Leroux pasaba de diez millones; y como la bola de nieve,

aumentaba de dia en dia en proporciones inverosímiles.

El banquero á que nos referimos tenía cincuenta y cuatro ó cincuenta y cinco años, y no tenia nada de comun con esos hombres *de negocios* para los cuales todos los medios son buenos cuando se trata de adquirir una fortuna y aumentar el capital.

Incontestablemente poseía la probidad vulgar, que consiste en ser puntual en sus compromisos y en creerse tan obligado en un negocio verificado bajo su palabra como si fuese hecho con su firma; pero fuera de la delicadeza que pudieramos llamar comercial, carecia de sentido moral, y sus principios eran muy laxos.

Diez años hacia que era viudo, y por lo tanto podia disponer libremente de su vida, Nuestro hombre se entregaba por completo á los placeres y á las comodidades.

El lujo era su pasion dominante, y se señalaban como tipos de buen gusto sus caballos y sus carruajes.

En todos los sitios donde se reunian las gentes de buen humor siempre se le hallaba á él, y por último, consagraba el tiempo qne le dejaban los negocios á las mujeres fáciles.

Tenía este millonario tres hijas, las tres muy bonitas y de bellezas distintas. Lazarine, la mayor de todas, tenia diez y ocho años en el

momento que da comienzo esta historia. Renée seguia á su hermana con intervalo de un año, y Juana, la mas pequeña, no habia cumplido los diez y seis años.

El banquero amaba á sus hijas á su manera, y nada habia mas elástico que la forma en que él habia comprendido y practicado los deberes paternales. Jamas se le ocurrió llevar á sus hijas al Convento des Oiseaux ó al del Sagrado Corazon.

Las niñas Leroux recibian en casa lecciones de maestros escogidos y pagados con largueza, pero nadie cuidaba de sus estudios, ni tampoco nadie tenia interés en sus progresos; así es que no se cuidaban de aprender mas que las cosas que les eran agradables, tales como la equitacion, el baile, algo de dibujo para poder hacer una caricatura, y algo de música para poder tocar un wals.

Al decir esto, nos referimos á Lazarine y Renée. Tanto bajo el punto de vista del estudio, como de otras muchas cosas, Juana no se parecia en nada á sus hermanas.

Cuando por casualidad Julio Leroux cruzaba el saloncillo transformado en cuarto de estudio, decia siempre:

—Eso es bueno, hijas mias. Está bien que estudieis, pero no tanto, porque puede ser perjudicial para la salud. Una jóven que es linda

y ademas es rica, no tiene necesidad de ser instruida; los millones constituyen el saber, y yo os aseguro, hijas mias, que tendreis tantos millones que no sabreis que hacer de ellos.

Las lecciones de moral que daba á sus hijas, las fundaba en lo siguiente:

—La primera de las virtudes es la fortuna, y ésta comprende á todas. Se necesita marchar con la corriente del siglo, y vivimos en una época en que el dios lingote es á quien todos rinden culto, y es, por consiguiente, el único soberano de la tierra á quien nadie se ocupa en hacerle perder el trono, y se llama: *¡¡Su Magestad el Dinero!!*

Lazarine y Renée comprendian esto perfectamente. Juana no participaba de los principios morales que su buen padre les inculcaba. Le parecia que no era digno expresarse de aquella manera; pero la tímida niña no se atrevia á hacer la mas ligera observacion, porque comprendia que su padre no variaria en nada la manera particular que tenia de ver las cosas, y que sus hermanas se mofarian de ella.

Luego que las dos mayores llegaron á los diez y ocho, y diez y seis años respectivamente, Julio Leroux las halló suficientemente instruidas; despidió á los profesores, y celoso partidario de las costumbres de América, abrió á sus hijas, para trajes y caprichos, un crédito ilimitado, concediéndoles una libertad sin restricciones de ninguna clase.

Lazarine y Renée tuvieron carruajes particulares, caballos especiales y distintos criados.

Iban por la mañana á caballo al bosque de Bolonia, seguidas de una escolta de gomosos que les habian sido presentados en los bailes dados en casa de los altos banqueros donde su padre las llevaba, y podian lucir su desenvoltura y agilidad bailando el cotillon.

Echaban pié á tierra en *Madrid* ó en la *Cascada*, tomaban un bizcocho y una copa de Jerez.

Por la tarde, hora de ir al lago, volvian al Bosque, ya conduciendo ellas mismas sus briosas jacas, ó ya recostadas muellemente en lujosas victorias, luciendo caprichosos trajes.

Todo el mundo las conocia y á ellas les sucedia lo propio.

Si en el bosque se encontraba algun forastero acompañado de algun parisien, en seguida preguntaba á su acompañante:

—¿Quiénes son esas jóvenes tan tímidas?

El parisien respondia en el acto:

—Son las hijas de Leroux.....

Lo mismo que si hubiera dicho:

—Son las famosas Drouard.....

—¿Cómicas ó bailarinas?—añadia el forastero.

—Nó, querido amigo, millonarias.

—¡Ah!